

Tres días, dos aviones y un enfermo

María Paula Reyes Ramírez

Creía que la llorona era yo. Jamás pensé que mi hermanita era tan nerviosa como yo. Y qué decir de mi papá. El pesimismo se apoderó de él. Al instante me di cuenta que su salud podría estar en peligro ante cualquier noticia fuerte. “Los tiquetes, las maletas, me voy ya”, nos dijo. Eran diez horas de viaje hasta Colombia y mi papá quería acompañar al suyo en sus “últimos momentos”.

Y lo digo de forma irónica porque hoy día, cada vez que mi abuelo sufre un dolor de cabeza o se sienta encorvado, mi papá piensa que ya se va a morir. Mi mamá, la cabeza fría de la familia, hizo todas las averiguaciones sobre qué hacer para que mi papá cambiara su tiquete Madrid - Cali. No había ninguna posibilidad de adelantar el viaje. Todos los vuelos estaban sobrevendidos.

Mientras mi papá se sumergía en una tembladera entre su llanto y sus nervios, mi hermana mayor, Juliana, releía las palabras que habían escrito nuestros primos en un mensaje de Facebook: “Llamen a Guillermo o a Toño urgente... es muy urgente”... Habíamos quedado paralizados ante esas palabras. Luego el otro mensaje: “El abuelo tuvo un derrame, estamos viendo cómo conseguir el avión ambulancia para llevarlo a Cali o a Bogotá lo más pronto posible”.

Al cabo de releer, Juliana reflexionó: “Si no hubiéramos parado en el hotel para descansar un rato antes de seguir nuestra jornada como habíamos planeado, no nos habríamos dado cuenta de lo que estaba pasando con nuestra familia. Hubiéramos seguido con nuestros planes de conocer las calles de Madrid y el abuelo se habría muerto, incluso.”

Pensé que todo pasa por algo, hasta las peleas. Pues justo antes de salir del hotel para ir a dar una vuelta en la noche, mi hermana insistió y peleó con mis papás para que la dejaran meterse al computador un rato. Esta era una pelea que se veía casi todos los días porque las tres hermanas siempre debíamos turnarnos el computador para ponernos en contacto con nuestros allegados en Cali. Y una de las tres, por lo general Juliana, exigía más tiempo y nos irrespetaba los turnos. Sin embargo, esta pelea fue clave para que nos pudiéramos enterar, para bien o para mal, porque igual, no podíamos hacer nada.

Ya cuando mi papá se pudo poner en contacto con sus hermanos Guillermo y Toño, supo que no se trataba de un derrame sino de un trombo que había hecho que a mi abuelo se le paralizara el lado izquierdo del cuerpo. Por eso, este hombre que era un roble, conocido por sus amigos en la juventud como “el camión Reyes”, se cayó.

No había nada que pudiese calmar a mi papá pues si algo ha heredado de mi abuela es que siempre piensa lo peor de las situaciones. Puede llegar a ser completamente irracional cuando le cuentan una noticia negativa, por insignificante que sea. En parte, creo que tenía bastantes motivos para no calmarse. Y es que San Andrés por más que tenga hospital nuevo, no tiene ni equipos ni buenos médicos para tratar a un adulto de 87 años. Y los aviones ambulancia, se pueden demorar de ¡24 a 48 horas!

Ya eran las doce del día en Cali y el suceso había ocurrido aproximadamente unas dos horas antes; mi abuelo debía ser tratado de inmediato si queríamos que tuviera posibilidades de recuperarse. Fue al rato que agradecí el hecho de que mis dos tíos fueran médicos pues de no haber sido así, probablemente no habrían conocido los medios para que se le diera prioridad al caso de mi abuelo y se enviara rápidamente el avión a San Andrés. Una vez mi abuelo pudo llegar a Cali, nuestros familiares nos lo hicieron saber: Ya lo habían estabilizado pero estaba desubicado, no vocalizaba y no se acordaba de muchas cosas.

Los últimos tres días de vacaciones en Madrid no pudieron ser lo que esperábamos. Cada momento estábamos preocupadas por no ir a decir algo que pudiera irritar a mi papá; sin embargo, una piedrita en el zapato resurgía cada vez que sonaba el celular.

Hoy, ocho meses después, mi abuelo está en su casa. Habla bien, se acuerda de todo, hace sudokus, ha vuelto a caminar y sobretodo, tiene su sentido del humor intacto. Pero su equilibrio se ha visto afectado y desde ese día, tiene una enfermera a su lado. Es entonces cuando entiendo a mi papá. Él supo que desde ese día, mi abuelo empezaría lentamente a apagar motores.

Y de hecho, en el transcurso de ocho meses se ha enfermado más veces de las que se había enfermado en toda la vida. Dice estar bien pero su ánimo se ve disminuido. Y cómo no va a ser duro para mi papá ver a su padre debilitándose cuando él era quien siempre despertaba admiración por ser un “viejo tan bien plantado y tan sano”. Ahora, la que suele caerse cada año es mi abuela. Sí, la vejez nos agarra a todos en algún momento. Y es duro aceptarlo cuando siempre hemos sido tan fuertes.